

1992-2000. OCHO AÑOS EN PRENSAS UNIVERSITARIAS DE ZARAGOZA

Guillermo Pérez Sarrión

gperez@unizar.es

(publicado en *PUZ 2022. Cuatro décadas de cultura editorial*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza 2022, pp. 37-45)

Analizar la trayectoria de Prensas Universitarias de Zaragoza durante ocho años, dos mandatos rectorales, tiene un componente biográfico inevitable que quisiera reducir al mínimo: lo que importa durante mis años como director del Secretariado de Actividades Culturales y Asistencia a la Comunidad Universitaria y a la vez director editorial de Prensas Universitarias de Zaragoza, dentro de lo que entonces se llamaba Servicio de Publicaciones (20-X-1992 a 30-VI-2000), es la editorial y los problemas de gestión que hubo que plantear y resolver. Nombrado a propuesta del Vicerrector de Actividades Culturales, entonces Manuel García Guatas, conté con su confianza mientras estuve, presenté mi dimisión varias veces (que no fue aceptada) y me fui cuando tras unas elecciones un nuevo grupo rectoral nombró también un nuevo vicerrector. Nunca agradeceré bastante la confianza que supo poner en mí, a cambio de nada, y su paciencia con mis posibles errores. Y siempre compartí con él el convencimiento de que es un docente quien debe dirigir una editorial universitaria porque ésta debe tener una política de publicaciones definida y no simplemente publicar lo que llega. Nunca quise hacerme profesional de la edición, una decisión que siempre mantuve.

La editorial me planteó dos dificultades que nunca pude resolver a pesar de que lo intenté varias veces. La primera fue la existencia de un organigrama administrativo dislocado que la gerencia nunca quiso cambiar a pesar de que se le avisó repetidamente y por escrito en 1995 y 1997. El Servicio de Publicaciones era el encargado de la edición de libros; pero a su frente había un director del cual, a su vez, dependía el director editorial de Prensas Universitarias de Zaragoza. El servicio en origen estaba pensado para gestionar las copisterías de los distintos centros y sólo secundariamente publicar libros. Creado por Mariano Hormigon Blázquez en circunstancias muy especiales, el servicio estaba muy funcionarizado y con una actividad sindical anormal en un momento en que las universidades estaban empezando a externalizar el servicio de fotocopias. El presupuesto era único y así, de hecho, Prensas era departamento dependiente del servicio, cuyo director era ya o acabó siendo un técnico, y no algo aparte o, al revés. El anterior director editorial, con muy buen criterio, había atribuido a la actividad editorial el nombre de Prensas Universitarias de Zaragoza, por semejanza con el nombre que emplean numerosas editoriales universitarias francesas.

Sin embargo el organigrama no cambió. El director editorial de Prensas Universitarias de Zaragoza, un docente, dependía de un técnico y tenía la obligación de publicar libros pero no capacidad para seleccionar personal, ni para asignar recursos humanos, ni para gestionar un presupuesto que ni estaba

pensado en función de la actividad editorial ni separaba actividades. Tampoco había una aplicación de gestión que permitiera un cálculo de costes y e ingresos de cada título.

La segunda dificultad que planteaba la actividad editorial era lo inadecuado de una organización basada en una plantilla funcionarizada, lo que no tiene nada que ver con la efectividad individual de quienes la integraban e integran, que siempre fue alta. El problema era que las personas asignadas al servicio siempre fueron eficientes, de esto no hay duda, pero los concursos de traslado en puestos administrativos dejaban largos huecos temporales en el proceso de producción, había que volver a enseñar las tareas a la persona trasladada, y la organización en sí no prestaba atención al proceso de venta. Cada libro era visto más como una inversión cultural que como un producto que había que vender o como pieza de una política de difusión del conocimiento. La comercialización de los libros era vista simplemente como el final de un proceso y no como una tarea en sí. Había que vender lo producido, lo que exigía un buen sitio web, personal especializado en ventas, una política de distribución concreta y presencia en ferias del libro y asociaciones de editores. Nada de eso había.

El rectorado no consideró necesario cambiar la dependencia del Servicio de Publicaciones y tampoco autorizar un sitio web propio que era imprescindible para dar visibilidad a la editorial, y no había forma de encontrar en el deficiente sitio web de la universidad. No obstante la reorganización a partir de 1992 fue considerable y aquí se tratará de dar una idea de lo que se fue resolviendo.

Se empezó por reunir un consejo editorial compuesto por 10 académicos que ya existía de antes y que, en todo caso, tras el nombramiento empezó a funcionar inmediatamente para dar soporte a la política editorial, cuya primera sesión se celebró el 19-X-1992. Poco después, en la de 11-XII-1992 ya se aprobaron y rechazaron originales pendientes. Desde entonces las sesiones se celebraron de forma irregular varias veces al año, hasta la última de 31-V-2000.

Las primeras decisiones consistieron en ir reordenando algunos compromisos editoriales anteriores a fines de 1992 cuya justificación era difícil o imposible. Era el caso de los de algún autor que ya tenía publicados varios libros en la editorial y pretendía seguir haciéndolo; algunas colecciones (Actas, Homenajes) que respondían a compromisos anteriores pero a mi juicio no tenían interés editorial, y libros fuera de colección sin justificación especial. Esto me costó la enemistad de algún catedrático de la vieja escuela e incluso de alguno de sus familiares, y la discrepancia, siempre disciplinada, de algún colega apreciado. En adelante las publicaciones se centraron sobre todo en las colecciones Humanidades y Ciencias Sociales, cuyo formato fue remodelado. Entonces se decidió no cerrar la colección La Gruta de las Palabras a pesar de su relativo interés científico por su función cultural, al ser la única colección de poesía en un mundo editorial donde prácticamente no había.

Resueltos los asuntos más urgentes sobre originales, en mayo de 1994, presenté (3-V-1994) al equipo rectoral un largo informe con un plan de reformas, dando cuenta de la situación y perspectivas de la actividad editorial y en qué debía consistir su reforma y modernización. A él me referiré con frecuencia en las páginas que siguen.

El problema más urgente a resolver era el exceso de originales acumulados. Hasta 1992, al no haber habido director por un período de tiempo, se habían acumulado unos 50 ofrecidos a la editorial, cuyo trámite empezó a ser resuelto en 1993 sobre los criterios siguientes: rechazar todos los originales de tema local, los que repetían temas, y los segundos y terceros originales presentados por un mismo autor o departamento universitario. También fueron rechazados los que contaban con un informe desfavorable y se estableció el objetivo de potenciar la labor de traducción, lo que llevó a plantear el problema de que no había selección positiva de títulos, del mismo modo que tampoco había todavía planes de colección para publicar libros en español. Había que determinar, procedimiento para las traducciones, cuyo proceso además era notablemente más largo y complejo. Además no había soporte administrativo en traducciones: el consejo editorial no estaba para tareas administrativas y como el personal estaba funcionarizado y en la oposición no se pedían lenguas no había nadie que supiera escribir y menos hablar en inglés o francés, ni posibilidad de conseguirlo.

Otra dificultad era que el presupuesto del servicio estaba dislocado. Los títulos editados en 1993 por el sello PUZ eran 11 y los del sello Servicio de Publicaciones, 15 (colección Textos Docentes) más 12 (colección Microfichas), total 27. En ese momento la distribución presupuestaria según mi cálculo era:

Servicio de Publicaciones	10.500.000 pta
Prensas Universitarias de Zaragoza	5.800.000 pta
Gastos comunes no desglosables	10.700.000 pta
Total	27.000.000 pta

de tal modo que el gasto del Servicio de Publicaciones era el doble que el de PUZ, el primero tenía beneficios y funcionaba como editorial también, y el segundo pérdidas. Y era imposible conocer la estructura del gasto de cada sello. La situación no tenía sentido. Tampoco había referencia a la actividad editorial que desarrollaban los numerosos departamentos e institutos universitarios con las fuentes de financiación más variadas (generalmente con fondos de investigación), ni se sabía qué se editaba en ellos, ni con qué permisos, ni con qué identificación o registro, ni cuánto se gastaba o costaba. Era imprescindible que la actividad editorial se hiciera bajo un solo sello, PUZ, integrando en él Textos Docentes y Microfichas, lo que planteaba tensiones con el resto del Servicio de Publicaciones, y que se creara una aplicación presupuestaria editorial que permitiera conocer el presupuesto real y la gestión económica de cada título. Conseguir todo esto, y sólo en parte, llevó seis años.

El siguiente asunto, ceñido a la actividad editorial de PUZ, era repasar toda la actividad de colecciones a la vista de lo actuado en 1992 y 1993. Algunas iniciativas se logró ponerlas en marcha, otras no. Como director editorial propuse que las colecciones principales fueran Ciencias Sociales y Humanidades con diversas series; nombrar dos directores de colección, y las demás colecciones (Imagen y Comunicación, Clásicos, Ciencias Biomédicas, Ciencias, Monografías Cívitas) considerarlas complementarias. Al final las básicas acabaron siendo Ciencias Sociales y Humanidades, Cívitas no se consideró básica por el consejo

editorial. El resultado fue que, en el momento de elaborar el informe, según catálogo más del 50% de la actividad editorial, tanto en títulos como en ventas, se publicaba en las colecciones Ciencias Sociales y Humanidades. La primera estaba centrada en propuestas de traducciones, lo que muestra que desde el principio mismo la actividad la traducción fue objetivo editorial prioritario. En Humanidades, en cambio, la masa de títulos candidatos a la edición consistía en originales presentados por personas pero no elegidos. Muchos estaban sin informar.

Como director editorial propuse en el informe la integración en PUZ de las colecciones Textos Docentes y Microfichas, sacándolas del sello Servicio de Publicaciones (que se quedó sin actividad editorial salvo las publicaciones oficiales tals como guías académicas y similares) lo que afortunadamente se consiguió, y la creación de una colección de bolsillo de más bajo precio y orientada a la divulgación, reconvirtiendo la colección Morellianas en otra que podría llamarse Biblioteca Breve. En ese momento la falta de organización contable y presupuestaria y la falta tanto de originales como de perspectiva de obtyenerlos, dada la estructura de la docencia y la investigación universitarias, nada orientadas a la difusión de conocimiento a un nivel asequible, impidieron su puesta en marcha.

También se propuso la supresión definitiva de las colecciones Actas y Homenajes, se dejó la colección La Gruta de las Palabras, lo que se ha mencionado ya arriba. Como novedad fueron implementadas dos medidas de gran importancia. La primera fue ir integrando en el catálogo de PUZ todas las obras fuera de colección publicadas por los distintos servicios y departamentos de la Universidad, estableciendo condiciones muy estrictas. La segunda fue reorganizar todo el sistema de precios y distribución editorial porque, aunque parezca extraño, al no haber todavía una aplicación informática para la gestión de costes los precios y tirada de cada título se fijaban por aproximación.

En cuanto al sistema de distribución existente en 1992, era con una sola empresa, no exclusivo, y no incluía Textos Docentes y Microfichas porque no estaba pensado que tuvieran venta exterior. Propuse contratar varios distribuidores especializados, incluyendo en ventas y catálogo las dos colecciones mencionadas. Además con el volumen de libros almacenados, que era enorme, propuse hacer primero un envío gratuito a universidades seguido de una oferta con descuento a la propia comunidad universitaria para finalmente afrontar la venta, como saldo, de al menos la mayor parte del volumen restante a alguna librería de segunda mano. Este punto nunca se pudo cumplir, aunque sí, de acuerdo con el director del Servicio de Publicaciones, unos años después rebajamos todos los precios del catálogo que estaban claramente sobreestimados.

Una última cuestión ocupó mi interés en el informe de 1994 al que he aludido varias veces: la renovación del Consejo Editorial y con ello también la elaboración de un reglamento de Prensas Universitarias de Zaragoza. El documento no fue aprobado por la entonces llamada Junta de Gobierno hasta 1998.

Desgraciadamente no puedo acreditar documentalmente la aprobación del informe de 1994 a que me he venido refiriendo, que desde luego hice llegar al rectorado, ya que la conservación de las actas del consejo editorial estuvo sujeta a

ciertas alteraciones administrativas en el personal, pero puedo asegurar que fue aprobado en algún consejo de 1994 ó 1995 y con seguridad que no contó con ninguna oposición, que yo recuerde. En todo caso fue el núcleo de mi gestión de los años siguientes. Pero estas páginas no son desde luego otro informe de gestión, sino algo más personal, un recuerdo de los momentos que más satisfacción me dieron, que fueron muchos, en el servicio que por unos años pude dar.

De acuerdo a previsiones anteriores fue contratado Fernando Baras como corrector de pruebas, un entonces joven graduado en historia que además de ver publicada su tesis doctoral en PUZ ha rendido y rinde un servicio extraordinario en la tarea editorial, sobre todo en las traducciones.

El recuerdo de los títulos publicados en una editorial tan activa llevaría a una lista casi interminable, me limitaré a citar los que por uno u otro motivo vienen a mi memoria. Quizás el que más satisfacción me dio fue una de las primeras traducciones, publicada en inglés en 1992 y por primera vez en castellano en 1995, el libro de los neozelandeses John Clanchy y Brigid Ballard *Cómo se hace un trabajo académico. Guía práctica para estudiantes universitarios*, (1995) cuyo éxito ha sido tan grande que es el único que ha tenido una 2ª edición aumentada (2000), sigue en catálogo y me estimuló a poner en marcha la primera asignatura de escritura académica en la Universidad de Zaragoza. Inolvidable por sus dimensiones y dificultad fue también la traducción de la obra de Raymond Chandler *Escala y diversificación. La dinámica del capitalismo industrial* (1996) y la de de Gregory Luebbert *Liberalismo fascismo y socialdemocracia* (1997). De otros profesores más o menos conocidos y queridos, la mayoría de Letras, mi recuerdo hace una lista sería interminable: Guillermo Fatás, Eloy Fernández Clemente, Jesús Rubio, Juan José Carreras, Antonio Gaspar y muchos otros amigos y compañeros cuya cita extensa me será excusada para evitar olvidos imperdonables e inmerecidos. Discretamente decidí no editar nada referente al área de conocimiento que constituía mi especialidad, la historia moderna, salvo una traducción que yo mismo propuse (Robert DuPlessis, *Transiciones al capitalismo en Europa durante la Edad Moderna*, 2001) porque era un manual de alta divulgación en un campo entonces desatendido, para evitar la posibilidad siquiera de que pareciera que yo podía incurrir en un conflicto de intereses.

Con todo editar libros fue de los lados agradables de este tiempo pero no el único. El curso 1995-1996 me fue concedido un año sabático que pasé en archivos de Madrid y Simancas y sobre todo como *visiting fellow* en el Fitzwilliam College de la Universidad de Cambridge, lo que en lo personal me permitió una renovación intelectual completa y en lo editorial hacerme una idea cabal de lo que era la edición universitaria en Oxford y Cambridge. Sin yo perder contacto con la editorial conté además para el día a día con la ayuda del subdirector Manuel Contreras, gran amigo, profesional y miembro del consejo editorial.

No todo fueron alegrías sin embargo, ya que como yo era también director del Secretariado a mediados de los 90 participé directamente en la oferta, presentada por el prestigioso violonchelista rumano Dimitri Motatu, de por primera vez crear una Orquesta de la Universidad de Zaragoza. Seleccionados ya los músicos y diseñado un plan de trabajo, tras numerosas gestiones el

vicerector y yo nos encontramos con falta de apoyo en local y dinero; la orquesta en ciernes fue acogida por la entonces Escuela de Magisterio, centro poco adecuado para acoger actividades musicales de ningún tipo, y como imaginábamos al poco la orquesta desapareció. Lo mismo pasó con la oferta del coro Amici Musicae, de Andrés Ibiricu, para integrarse en la universidad; tampoco tuvo ningún eco y nos mostró al vicerector y a mí que la universidad no concedía prioridad alguna a la actividad musical. El coro trasladó su opción al Auditorio y hoy es un excelente coro sinfónico en Zaragoza. La universidad sigue sin orquesta ni coro. Hoy, casi cada año, el Auditorio suele invitar a tocar a la orquesta de la Universidad de Valencia.

Sin embargo, volviendo a la edición, los mejores logros, los que más satisfacción dieron, fueron los de Prensas. Sin gran oposición la editorial integró en su seno finalmente la colección Textos Docentes y Microfichas, la segunda de las cuales al final quedó superada técnicamente por los nuevos medios de reproducción por internet, y todo pasó a integrarse en el catálogo de PUZ.

En 1998, a propuesta del vicerector, la Junta de Gobierno de la universidad aprobó el Reglamento de Prensas Universitarias de Zaragoza (hoy Prensas de la Universidad de Zaragoza), que fijó la organización, régimen económico y política editorial de la institución, incluyendo el consejo editorial. Mi intención era que estuviera formado por una mezcla de profesores de la Universidad de Zaragoza y externos a ella, aunque por la permanente limitación presupuestaria sólo conseguí que fueran de la propia universidad (los externos encarecían notablemente el presupuesto). Se consiguieron dos puntos importantes: que tuvieran un nivel objetivo de cualificación investigadora y que no actuaran en representación de su centro o área. Para evitar la formación endogámica de grupos el reglamento estableció una proporción por grandes áreas y que los miembros fueran renovados por tercios cada dos años pudiendo ser reelegidos sólo una vez, ofreciendo condiciones más estables a los directores de colección y revistas de la editorial. El objetivo era que el consejo editorial no fuera una mera adición de representantes de departamento en el que cada uno representaba los intereses de su parcela administrativa, como pasaba en otras editoriales universitarias, y eso se consiguió. Acabado ya mi mandato, el reglamento fue adaptado a nuevas circunstancias en 2012.

No puedo asegurar y menos cuantificar cuál fue el éxito de un aspecto de la editorial poco conocido, por falta de datos: que todos los libros editados en la Universidad de Zaragoza fueran inscritos en un registro que llevara cuenta de toda la actividad editorial departamental, lo que posibilitaba conocer todo lo editado, guardar un ejemplar para la Biblioteca de la Universidad, ser incluido en catálogo y vendido tras el acuerdo correspondiente, tal como hoy establece el artículo 33 del actual reglamento de 2012. Hoy la editorial controla los ISBN de PUZ y los de la propia universidad de modo que tan sólo quedan al margen las publicaciones que departamentos o individuos publican con ISBN distinto o sin control.

Finalmente, ya acabando el mandato y tras casi dos años de trabajo, tuve el honor de encargar y poner en marcha una aplicación File Maker, adaptada, para la gestión editorial, lo que permitió por primera vez conocer el coste económico y el proceso de edición de cada título.

Mi mayor gran enriquecimiento personal, sin embargo, fue el derivado de la necesidad de crear canales para la distribución de los productos de las editoriales universitarias. Los viajes a diversas reuniones de editores, casi todos profesores de las distintas universidades (y muchos de ellos también, casualmente, de historia moderna) en un momento en que apenas había empezado la proliferación de universidades privadas, lo que ha hecho más complicado el panorama editorial académico. Valencia, Granada, Santiago, León, las ferias del Libro de Madrid y Barcelona, permitieron tomar referencias y plantear catálogos conjuntos: primero el llamado UnivEspaña, liderado por el director del servicio de la Universidad de Salamanca. Al poco, finalmente, el que aglutinó la AEUE, Asociación de Editoriales Universitarias Españolas. Nunca hubo oportunidad, por el coste, de asistir a las grandes ferias internacionales de Guadalajara (México) o Frankfurt, donde se podía contactar con editoriales que permitirían conocer valiosos títulos editables. Bastó entonces con la red de contactos. Apenas me dio tiempo de empezar a plantear la cuestión del plagio académico que hoy es ya un asunto importante y está lejos de ser solucionado.

En un tiempo en que se estaban empezando a fijar los niveles de calidad de las publicaciones para poder comparar los currículos del profesorado español en oposiciones y sexenios de investigación, los criterios de calidad de la editorial fueron máximos, pero en esos años el Ministerio correspondiente de Educación y Ciencia, en un gesto defensivo que puede entenderse pero no comparto, limitó la calidad de las editoriales universitarias sin más, simplemente por serlo, lo que perjudicó por un tiempo a Prensas a pesar de que desde un principio tanto originales como traducciones fueron aprobados por el consejo editorial, éste nunca fue una representación de departamentos, y los originales iniciados en esos años contaron con informes externos favorables. No se valoraban ni las traducciones a pesar de su dificultad.

Llegó una nueva elección rectoral, un nuevo vicerrector y cesé como es natural. Muy poco después, en lo personal, una grave enfermedad atrajo toda mi atención y me obligó a dejar de prestarla al día a día de la editorial, que hoy ha mejorado mucho más gracias a responsables desde luego más entregados aún y competentes que yo. Una vez recuperado al fin, me dediqué a aprovechar el tramo siguiente de mi carrera académica entregándome de lleno a la docencia, los proyectos de investigación, un segundo año sabático (2016), y un libro muy trabajado (2012), premiado y traducido al inglés (2016).

Hoy, honestamente, al ver la excelente trayectoria actual de Prensas de la Universidad de Zaragoza, siento una gran satisfacción. El balance es positivo. No conseguí algunas cosas pero sí la mayoría, y serví con la mayor entrega a la institución. A fin de cuentas eso es lo que da sentido a la propia existencia: trabajar siendo fiel a unos valores éticos, reformar si es necesario y si no no, y dejar un mundo y una sociedad un poco mejores de como uno se los encontró. Lo demás ya no depende de la acción individual. Al fin y al cabo, sólo se trataba de eso.

(3.665 palabras)